

quedado rezagados.

Cuando Francisco Javier está junto á él, despues de haber recibido su fraternal saludo y su ósculo de paz, le señala los desconocidos sin decir nada.

— Son tres nuevos hermanos, — contesta Francisco Javier á aquella muda pregunta.

Entonces Ignacio se arrodilla y todos con él, y desde el fondo de su corazon dan gracias á Dios que les ha reunido en el dia solemne de la cita.

III.

EL GENERAL DE LOS JESUITAS

Otro año se pasó todavía. Despues de ser ordenados clérigos en Venecia, Ignacio partió á Roma con sus nueve compañeros, sometiendo á la deliberacion del papa la creacion de la Compañía, cuyo objeto le esplanó detalladamente.

El vicario de Cristo remitió á una junta de cardenales el plan del antiguo penitente de Manresa.

Este plan de una nueva institucion, es preciso advertirlo, solo encerraba el

primitivo pensamiento de Ignacio de Loyola. El antiguo soldado de Pamplona, comprendiendo perfectamente la idea católica y la divina institucion del apostolado, recordando aquellas palabras fecundas del Señor pronunciadas en lo alto de una desnuda montaña de la Judea: *Id, enseñad á todas las naciones*, no ambicionaba por el pronto mas gloria que la de ir con sus compañeros á la Tierra Santa para convertir á los infieles, cumpliendo con la gran mision del cristianismo allí, en los mismos lugares donde el Hijo dió una cruz para estandarte á los reyes y á los pueblos de la tierra.

Ahora bien; fuerza es observar que precisamente en la época en que llegó Ignacio con su naciente Compañía á los piés del sucesor de San Pedro, la reforma, hidra de cien cabezas, acababa de nacer en el seno de la Europa abriendo ya su boca hambrienta para devorar al catolicismo.

Martin Lutero, religioso agustino natural de Sajonia, se habia levantado contra el poder temporal de los papas y á su alrededor, secundando sus ideas en el púlpito y en los libros, se agruparon infinidad de hombres audaces, de espíritus sutiles, de sofistas consumados que hicieron por un momento temblar el solio de los pontífices romanos.

En aquella crisis terrible para la Iglesia, los cardenales á quienes Paulo III habia sometido el plan de Ignacio, temieron autorizar, aprobándolo, un poder inmenso. Las circunstancias azarosas que atravesaban solo podian servir para inspirarles desconfianza, y desconfianza tambien hasta cierto punto debian encontrar en un instituto en que Loyola obligaba á los que le abrazasen á hacer abnegacion completa de su voluntad, á sufrir un largo y duro noviciado durante el cual debian pasar por todos los trámites de la paciencia y humildad, á no poder entrar en él como no fuesen sobresalientes en algun ramo de saber humano, á ser mudos, callados, instrumentos pasivos de la suprema autoridad de un general que regirles debia segun su conciencia y acomodándose á unas grandiosas miras de política que nada de comun tenian con las demás órdenes religiosas.

Los cardenales vieron en aquel plan una concepcion gigantesca. Era la formacion de un verdadero ejército lo que autorizar se les pedia, pero un ejército todo compuesto de hombres sabios, de inteligencias, de soldados estrictamente sujetos á la autoridad inapelable de un general, y no obligados á austeridad alguna ni á prácticas religiosas, ni á las mortificaciones de las otras órdenes religiosas. Los cardenales, pues, que veían á la heregía de Lutero destruir la unidad católica, que veían hasta á los Soberanos de Europa contrarestar el poder ecle-

siástico de Roma, temieron, y no dieron su aprobacion á aquella cruzada de apóstoles.

Ignacio recibió en su consecuencia una negativa á sus deseos.

Ya en esto, el gefe de los seis peregrinos de Venecia habia tenido tiempo de reflexionar y con aquella admirable lucidez de pensamiento que hace del español Ignacio de Loyola una figura gigantesca, habia conocido que por el pronto mas necesidad tenia la Europa de un ejército de apóstoles, que la Tierra santa de una cruzada de misioneros.

En el seno de la Europa, predicando su doctrina, introduciendo la duda en los corazones, agitando la antorcha sacrilega de la reforma, estaba Martin Lutero, Lutero, el Goliat de la herejía, la creacion mas colosal del protestantismo, Lutero, es decir, la incredulidad hecha palabra, la duda hecha hombre, la apostasia hecha gigante.

Así pues, Ignacio pensó que su sitio estaba marcado en Europa y nó en ultramar, y recurriendo á la segunda parte del voto que en sus manos habian prestado sus compañeros en la Iglesia subterránea de París, se presentó de nuevo al papa y segunda vez le pidió la autorizacion de su instituto, obligándose por medio de él á que sus miembros pronunciasen un nuevo voto de obediencia ciega al pontífice, voto propio de la Compañía, y por el cual todos los hermanos de la *Compañía de Jesus* debian quedar comprometidos á cumplir ciegamente las órdenes del papa, sin pedirle nada para todos los gastos necesarios.

Maravillado Paulo III al ver aquella palanca poderosa que Loyola ponía en su mano para derribar el edificio de la reforma, es fama que exclamó: *Digitus Dei est hic*, el dedo de Dios está aquí.

Desde aquel momento la Compañía quedó aprobada; desde aquel momento Martin Lutero tuvo que luchar con Ignacio de Loyola, y los herejes combatir frente á frente con los Jesuitas.

Por la bula de *Regimini militantis Ecclesiae* de 27 de Setiembre de 1540 Paulo III aprobó la orden, y el 22 de Abril de 1541 en la iglesia de San Pablo, el antiguo paje de Isabel y de Fernando, el antiguo defensor de la ciudadela de Pamplona, el antiguo mendigo del hospital de Santa Lucía, el antiguo asceta de la gruta de Manresa, el antiguo peregrino á los Santos lugares, el antiguo estudiante vagabundo de Barcelona, Alcalá, Salamanca y París, Ignacio de Loyola, en fin, fué proclamado primer general de la Compañía de Jesus.

Entonces Ignacio de Loyola, desde lo alto de su poder, abarcó con su mirada el mundo todo, fijó su vista en los discípulos que le rodeaban, cal-

culó sus fuerzas, trató de repartirles segun ellas sus trabajos, y señaló á los nuevos Jesuitas varios puntos del globo.

En seguida, tres de ellos marcharon á Alemania, Inglaterra, Portugal, Italia, España se repartieron los restantes, y para empezar ya á echar productivas simientes en los campos vírgenes de Ultramar, hubo uno que se dirigió á las Indias, uno, uno solo; verdad es que era Francisco Javier.

Maravilloso, sorprendente espectáculo, debemos decirlo, el que ofrecen entonces al mundo los hijos de Loyola!

Dejemos hablar un momento á una pluma mas que la nuestra acreditada, á una pluma célebre:

«En Alemania, en Inglaterra, en Francia, por todas partes donde amenazaba ser la tierra invadida por la reforma, los Jesuitas se irguieron contra ella como centinelas vigilantes, como intrépidos competidores, hasta con peligro de su vida.

«Digan otros si la mision de la Compañía se vió entonces llenada por ella, y si es verdad que fué uno de los instrumentos de que Dios se sirvió para poner límites á los funestos progresos de la herejía.

«Lo cierto es que ilustres historiadores entre los mismos protestantes pueden citarse como testimonios bien diversos de lo que adelantan ciertos contemporáneos. El curioso los hallará recogidos todos y ordenados en el libro publicado con este titulo: *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones, y la orden de los Jesuitas*. Que nos baste pues decir en dos palabras que, segun Juan de Muller, Schoell y Ranke, á los solos esfuerzos de los Jesuitas se debió el que la reforma viera detenidos sus progresos en Europa, y que ya antes de estos historiadores, Bacon, Leibnitz y Grotius, los tres hombres mas eminentes del protestantismo, no pudieron menos de alabar á la Compañía de Jesus, deplorando el que fuese su enemiga.

«Desde su origen, la Compañía, sin abandonar el hogar de la civilizacion y la lucha europea, se lanzó en todas direcciones para recojer en el divino redil esas innumerables bandadas de errantes ovejas. Era tal el ardor por esas conquistas lejanas, que casi se llegó á temer, cediendo, ver las casas de Europa destituidas de los obreros evangélicos que les eran necesarias. En vano los intereses mas urgentes del catolicismo mandaban entonces á los Jesuitas de todas las naciones no abandonar el campo de batalla de la herejía donde se sucedian los combates; en vano las colegios y las universidades, el púlpito y el confesonario reclamaban por todas partes en la vieja Europa atletas valientes y adictos, y les ofrecian hasta el iman del peligro: un iman mas irresistible les

atraía á las misiones de Ultramar, y habia en las filas de la Compañía un increíble deseo de ir á llevar la luz de la fé á los hermanos desconocidos que no habian jamás oido predicar la palabra salvadora (1).»

Mientras esto sucedia, mientras tan grandes servicios prestaban á la religion los Jesuitas, su fundador y primer general se quedó en Roma dedicándose con fervor al ejercicio de la piedad. Predicaba públicamente sobre asuntos religiosos, desempeñaba los cargos que le imponia su misma caridad, afanábase por convertir á los judíos; estableció una casa de refugio y de penitencia para las mugeres mundanas, fundó un asilo para los huérfanos, y á ratos fué escribiendo las *Constituciones* de su orden, esas constituciones en que Richelieu y otros profundos políticos quieren ver la obra maestra del génio, y los Jesuitas solo un monumento de sabiduría, de piedad y de santidad admirables.

Digan otros lo que quieran. Para el autor de estas líneas, San Ignacio legó con sus *Ejercicios* y sus *Constituciones* dos grandes, dos inmortales obras á los venideros siglos. Verdad es que estas obras escritas por un santo, fueron luego retocadas por un político.

Loyola quiso como que sus *Ejercicios* fuesen un crisol del espíritu en el fondo del cual se hubiese de encontrar el oro del alma.

No podemos pasar adelante, ya que hablamos de los Jesuitas, de esos hombres tan ardientemente ensalzados como ardientemente combatidos, sin ver al Jesuita tal como lo quiso formar San Ignacio.

Un hombre cansado del mundo quiere abandonarle. Las ardientes pasiones de la juventud le han abrasado el alma: necesita encontrar un abrigo, un techo hospitalario bajo el cual pueda hallar el reposo, la calma, el amor divino.

Pasea por las calles de Roma dejando vagar errantes sus miradas, devorado por el cáncer interior que le roe y que le mata.

Qué edificio es este que ante él se eleva?
Cuatro altas paredes le rodean como un cinturón de piedra. Se penetra por una sola puerta que abre sus dos grandes hojas de encina clavateadas. Al extremo de un patio plantado de árboles, se alza una casa con techo puntiagudo coronado por una cruz que perfila sus dos brazos sobre el azul del horizonte. Es un edificio severo y triste, magestuoso y sombrío.

— Quién habita aquí?

— Es la morada de treinta solitarios.

— Cómo se llama su gefe?

(1) El jesuita Ravignan.

— Ignacio de Loyola.

— Qué hombres son ellos?

— Son los Jesuitas.

— Los Jesuitas, esos soldados de la cruz?

— Los Jesuitas, esos médicos del alma.

— Oh! mi alma está enferma. Voy á llamar á su puerta.

Y llama.

Un hombre con un bonete cuadrado y una sotana negra que cubre un ropaje del mismo color, es el que sale á abrirle.

— Quién sois?

— Un alma esclava.

— Esclava de qué?

— Del pecado.

— Que pretendéis?

— La libertad del alma.

— Seguid mis pasos.

Y sigue á su guía.

Estraño silencio, paz profunda la que reina en la religiosa morada! El aspecto de aquellas paredes mudas, sin mas eco que el de los pasos, el andar pausado de los que allí habitan; el orden y la sencillez que reina en todo; el aire suave y puro que se respira, la majestad severa que domina, el tono afable del hermano que recibe, el saludo fraternal del padre que atraviesa la estancia, todo habla al extranjero que, combatido por las tempestades de la vida, acaba de llegar á aquellos sitios.

Un hombre vestido de negro como su guía, un hombre de mejillas enjutas, de frente serena, de ojos hundidos, de labios pálidos, de voz grave y pausada que solo á largos intervalos interrumpe el sepulcral silencio, es el que recibe en una celda al extranjero.

— Quién sois?

A las mismas preguntas da el extranjero las mismas respuestas.

De pié aun en el umbral, el candidato de la vida religiosa conocerá de antemano, á esta hora solemne, toda la estension de los deberes que la Compañía de Jesus dicta á sus miembros.

— Estais pronto á renunciar al siglo, á toda posesion lo mismo que á toda esperanza de bienes temporales? Responded.

— Sí.